

Donde no hay palabra

Como dar a conocer el sentido pleno de lo que se vive si no abre uno la puerta del alma para dejar salir la sobre abundancia del don de Dios, para dejar salir el Amor que quiere fluir e inundar a otros, a otras almas que dejaran su espíritu volar libre en pos de un aire diferente.

Quedar en silencio es dejar de proclamar la gratuidad del don, es quitar las alas al silencio de Dios que no es nuestro pero solamente regalo para compartir.

Es difícil compartir eso, a casi nadie le interesa y sin embargo muchos se mueren de sed sin ni siquiera saber que tienen esa sed de silencio. Cuantos desiertos donde no florece nada y que con un poco de esa agua silenciosa se transformarían en vergel.

Qué impotencia la nuestra; ¿sentiría Jesús la misma como hombre? Después de sus noches de oración al volver con sus compañeros y discípulos pasaría por esta ruptura entre lo que vivía en el Espíritu y la fría realidad del reencuentro. La dura realidad de nuestros corazones de piedra inmersos en el ruido, recorriendo el camino con los discípulos paso tras paso, en el calor o el frío entre pueblo y pueblo sanando en el borde del sendero a quien se le acercaba o viendo como se alejaban unos que no le miraban.

Camino de silencio, camino de gratuidad, camino de cuaresma, camino del amor increíble. Nadie nos mira como Jesús, nadie nos mirara nunca como Él, ni nadie nos amará como Él de un amor tan gratuito y seductor. Tan seductor que nos puede llevar al desierto para vivir allí ese silencio donde mora, ese silencio donde se apagan los ruidos pero donde llega el rumor de las olas del mundo porque aunque no lo saben se mueren de no dejarse cabalgar por el Señor del Silencio.

Qué difícil es dar a conocer lo que pasa en uno, llegar al fondo de lo que uno siente, de lo que poco a poco va tomando el relevo de lo que era el mismo ser de uno, nosotros no podemos hablar de ello porque todo esto tiene lugar silenciosamente. Solamente Él tiene ese poder de hacer parlante el silencio.

Un tan largo silencio lleno del silencio de Dios. Qué precioso silencio donde resuena todo sin que se vea mermado nada. Qué profundo silencio es este donde está La Palabra Viva que transforma todo en vida, que transforma todo lo que era oscuridad en luz, que borra y reconstruye. Depende de La Palabra pero no la hay para hablar de él.

Madrid, 17 de marzo de 2011

Cordélia de Castellane